

TERRAFORMING MARS



AL BORDE DE LA CATÁSTROFE

JANE KILLICK

minotauro

**TERRAFORMING
MARS**

**AL BORDE DE LA
CATÁSTROFE**

JANE KILLICK

minotauro

Al borde de la catástrofe

Published by Aconyte Books, 2022

Copyright © 2024 Fryxgames. Terraforming Mars y el logotipo de Fryxgames son marcas comerciales de Fryxgames AB.

Reservados todos los derechos.

Terraforming Mars y el logotipo de Fryxgames son marcas comerciales de Asmodee Group y / o sus afiliados.

Originally published as *Edge of Catastrophe*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Ariadna Cruz González, 2023

Imagen de cubierta: René Aigner

ISBN: 978-84-450-1500-1

Depósito legal: B. 10.566-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO 1

Hacía ya doscientos años que la humanidad había sacrificado la luna más pequeña de Marte como parte de su misión para terraformar el planeta. Por aquel entonces, Deimos había iluminado el cielo nocturno envuelta en una bola de fuego que impactó contra la polvorienta superficie roja con tanta energía que calentó el lecho de roca que había debajo. Cientos de otros asteroides se sucedieron en un bombardeo que fue lo bastante numeroso y prolongado como para aumentar la temperatura de Marte varios grados.

Los humanos habían bombeado a la atmosfera millones de toneladas de dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero para retener el calor que habían creado y atrapar el calor del sol. Pero, incluso en el ecuador, la temperatura media seguía siendo de solo veinte grados centígrados bajo cero. Insuficiente para que el agua líquida fluyera o para que los humanos sobrevivieran en la superficie. Con unos niveles de oxígeno que apenas alcanzaban el cinco por ciento, y una presión atmosférica que solo era una décima parte de la de la Tierra, en Marte aún quedaba mucho por hacer.

Los primeros rayos del sol se filtraron por la cúpula de la ciudad construida en el cráter de Deimos y disiparon la penumbra generada por la iluminación artificial. Despojada de la radiación dañina por el gel de sílice que recubría la membrana de la cúpula, la luz se reflejaba en los materiales de construcción na-

turales de los edificios y lo envolvía todo en un halo de color rojo oxidado.

Los zapatos de Mel golpeteaban el suelo embaldosado como un metrónomo que marcaba los instantes previos al momento en el que podría comprobar cómo había progresado su experimento durante el fin de semana. Le faltaban pocos días para poder declarar que sus potenciadores víricos habían sido un éxito, y el entusiasmo que esa perspectiva despertaba en ella la llenaba de una energía nerviosa. Aceleró el paso, imprimiendo un ritmo alegre a sus pisadas.

Cuanto más se acercaba al laboratorio, más concurridas estaban las calles, por lo que tuvo que esquivar a algunos de los transeúntes más lentos. Siempre eran terrícolas. Al haberse desarrollado en un entorno donde la gravedad era tres veces superior a la de Marte, eran por naturaleza más musculosos que los nativos,, pero también un veinte por ciento más bajos. Una característica que resultaba aún más evidente en un planeta donde el mobiliario, los edificios y las puertas habían sido construidos para adaptarse a una población nativa más alta.

Mel pasó junto a una pareja de terrícolas, a quienes adelantó con facilidad con sus largas piernas marcianas, y escuchó que debatían dónde encontrarse para comer. Hacía tiempo, su padre le había contado que era posible detectar de qué nación procedía un terrícola solo con escuchar el sonido de su voz. Era una de las habilidades que lo habían convertido en un diplomático terrícola eficaz, aunque con mala fama. Sus contundentes opiniones de que Marte debía estar subordinado a la Tierra eran tan controvertidas que, al casarse, Mel decidió por adoptar el apellido de su marido para distanciarse del legado de su padre.

No obstante, en ese momento, mientras escuchaba disimuladamente la conversación, intentó diferenciar los matices de sonido para discernir su procedencia, como le habían enseña-

do. Pero lo único que pudo distinguir fue que no hablaban con acento marciano. Sabía que a su padre le habría decepcionado que no hubiese aprendido las lecciones que había intentado inculcarle. Aunque siempre los había apoyado a ella y a su hermano, nunca había aceptado la realidad de que, al mudarse a otro planeta y formar una familia, sus hijos crecerían como marcianos.

Al aproximarse al distrito de investigación de Ciudad de Deimos, pudo ver el edificio acristalado de Ecoline donde trabajaba alzándose imponente sobre el rojo oxidado de sus alrededores. Todo el mundo lo conocía como el Gran Invernadero debido a las plantas trepadoras que enrollaban sus zarcillos en el interior de las ventanas y apretaban las hojas contra los paneles para absorber la luz natural disponible. Era como un faro verde jaspeado que se elevaba sobre la bruma como un anuncio que ponía de manifiesto la pericia de la empresa en ciencias botánicas.

Mel se vio obligada a ralentizar el paso al llegar al pequeño atasco de la entrada junto a los otros madrugadores. Al atravesar las puertas abiertas de par en par, el escáner de seguridad estudió sus rasgos faciales y los cotejó con la lista oficial de empleados. Se abrió paso a empujones hasta el ascensor y entró. Las puertas se cerraron y la abarrotada caja ascendió, acercándola a su laboratorio.

Su anticipación creció a medida que subía. Pronto tendría pruebas de que su experimento podía ser un elemento vital para sustentar la creciente población de Marte. Con el aumento de los nacimientos y la continua llegada de trabajadores desde la Tierra, la necesidad de alimentar a todo el mundo resultaba primordial. Personalmente, le parecía un desperdicio gastar energía en cultivos como el trigo cuando solo la cabeza de la planta contenía los granos nutritivos.

Sus patatas eran diferentes.

Cultivadas durante siglos por sus tubérculos ricos en carbo-

hidratos, estas especies constituían una base perfecta sobre la que realizar mejoras. Había utilizado un virus para insertar los genes de una planta de soja en su ADN y crear una patata rica en proteínas. Otro virus eliminaba las toxinas de sus hojas y las sustituía por vitaminas esenciales. Y un tercer virus aumentaba el follaje a partir del material genético de un olivo para producir grasas esenciales para la dieta humana. Mel había creado una fuente de alimento completa que apenas generaba residuos, podía prepararse de diversas maneras y absorber una variedad de sabores.

En cuanto su última prueba de campo alcanzara un estado de madurez, tendría las pruebas que necesitaba. Con la realización de pruebas adicionales y la aprobación del Consejo Científico, en solo unos años sus patatas serían el alimento básico de la dieta marciana, como lo había sido el pan para los primeros agricultores en la Tierra.

El ascensor se detuvo con una pequeña sacudida en el quinto piso, y los pensamientos de Mel volvieron al presente.

Sus zapatos repiquetearon por el pasillo que conducía al laboratorio, donde esperaba poder disfrutar de la soledad y adelantar algo de trabajo antes de que llegaran los demás y la distrajeran. Sin embargo, esa mañana, las luces no detectaron su presencia y no se encendieron para darle la bienvenida. Ya estaban encendidas. Lo que significaba que alguien había llegado antes que ella.

Mel respiró el aire limpio del laboratorio sin ventanas y escuchó el zumbido de los secuenciadores automáticos de ADN. Entre las filas reglamentadas de mesas de trabajo, con su despliegue de pantallas de ordenador y de cajas blancas de equipos, vio los sitios vacíos donde a sus colegas Raj y Ben —los candidatos más probables a haber llegado antes que ella— les gustaba sentarse.

Un movimiento llamó su atención cerca de la pantalla de su ordenador preferido. Con la bata blanca de laboratorio y de

espaldas a ella, la terrícola había quedado casi camuflada entre el mobiliario.

Mel sintió una oleada de irritación al ver que alguien había decidido invadir la que consideraba *su* mesa. Hasta que la mujer se volvió y le sonrió con los labios rojos y definidos producto de un maquillaje meticuloso. Entonces Mel vio que se trataba de Kaito.

Le llevó un momento procesar la sorpresa de ver a su vieja amiga.

Se conocían desde que habían comenzado a trabajar en Eco-line. Ambas habían empezado como botánicas del escalafón más bajo, Mel recién graduada de la Universidad de Marte, y Kaito recién llegada de la nave que la había traído desde la Tierra. Habían mantenido su amistad a lo largo de los años, a pesar de que Kaito había ascendido a los puestos de dirección y Mel había optado por dedicarse al fascinante mundo de la ciencia.

Si bien la bata de laboratorio otorgaba a Kaito la apariencia de una científica, Mel se percató de que debajo seguía llevando el elegante traje del mundo empresarial en el que vivía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Mel, encantada de verla, pero desconcertada por su inesperada visita.

—Esta mañana tengo una reunión en el último piso —respondió Kaito—. Como llegaba temprano, he pensado en pasar por aquí.

Sabía que Kaito solía acudir a reuniones en el Gran Invernadero, pero nunca las había utilizado como excusa para pasar por allí. La idea trajo consigo otra oleada, esta vez de sospecha. Kaito, además de su amiga, también era la supervisora de su proyecto.

—¿No has venido en visita oficial?

—¿Necesito una excusa para venir a verte? —preguntó Kaito.

—Normalmente, sí —dijo Mel.

Kaito soltó una risita.

—Pues sí, supongo que es verdad. Lo siento, parece que siempre estoy ocupada.

Ambas lo estaban. En los últimos años, cada vez que se habían visto, habían prometido ponerse de acuerdo para organizar un encuentro, pero nunca habían llegado a hacerlo. Si Kaito era culpable de estar demasiado ocupada para organizar algo, Mel también.

—A decir verdad —continuó Kaito—, estoy aquí porque quiero darte una noticia.

—¿Una noticia laboral o personal? —inquirió Mel.

—Personal. —Kaito se sonrojó como una adolescente—. He conocido a alguien.

Mel se tomó otro momento. Kaito había renegado de los hombres después de una ruptura sumamente desagradable. El hombre en cuestión era mayor que ella y trabajaba en el sector financiero para el Gremio de Mineros, algo que, a ojos de Mel, batía nuevos récords en el ámbito de la insulsez. Después de diez años, probablemente era hora de que lo superara.

—¿Cómo es este «alguien»?

—¿Y si, en lugar de decírtelo yo, lo conoces y juzgas por ti misma?

—¿Conocerlo? No soy tu madre, Kaito.

—Mis padres están en la Tierra y tú eres mi amiga más antigua en Marte. Necesito presentárselo a alguien. ¿Qué me dices?

La incomodidad de Mel por no saber qué decir se vio interrumpida por la irrupción de dos estridentes voces masculinas. Se volvió y vio a Raj y Ben hablando del próximo torneo de baloncesto interurbano.

Asintió a modo de «buenos días» y les agradeció en silencio que le hubiesen proporcionado una vía de escape.

—Aprovechando que estás aquí —le propuso Mel a Kaito—, ¿quieres echar un vistazo a mi prueba de campo?

—Lo dices como si tuviera un motivo oculto.

—¿Insinúas que no es así?

—He de admitir que siento curiosidad por ver tus progresos. Mel condujo a Kaito al fondo del laboratorio, donde había un pasillo por el que se accedía a las salas de ensayo.

Su experimento se llevaba a cabo en la sala más grande, que recreaba las condiciones que se daban en las granjas verticales utilizadas para cultivar alimentos en Marte. Aunque lo llamaban *campo*, era más bien un almacén de estanterías apiladas con plantas vivas que crecían en bandejas de tierra. Cada capa estaba iluminada por su propia tira led a fin de proporcionar una luz de longitud de onda precisa, adecuada a las preferencias de cada especie de planta, mientras un sistema de irrigación serpenteaba entre las distintas pilas para suministrar una cantidad exacta de agua. Era, en efecto, una masa de campos superpuestos.

A pesar de que le había dicho a Mel que no le contaría nada sobre su nuevo novio, Kaito no pudo evitar hablarle de él.

—Se llama Felix y trabaja para Teractor.

—¿Es abogado? —preguntó Mel.

No sonaba ni de lejos tan interesante como Kaito parecía creer que era. Mel se concentró en teclear su código en un panel numérico que había junto a la entrada a su campo de prueba mientras intentaba que no se le notara.

—Actualmente, Teractor no solo se encarga de cuestiones de abogacía corporativa —apuntó Kaito al tiempo que la puerta exterior se abría—. Aunque tampoco es algo que concierna a Felix. Él está a cargo del personal.

Entraron al espacio reducido de la antecámara, que hacía las veces de barrera entre el pasillo y el campo.

—Me preguntaba —continuó Kaito— si a Isaac y a ti os gustaría venir a cenar en una especie de cita doble para conocerlo.

La puerta exterior se cerró de nuevo y unas boquillas situadas encima y a los lados expulsaron aire para liberar cualquier partícula suelta de polvo y otros contaminantes.

Mel tuvo que alzar la voz por encima del viento artificial que le enredaba el pelo y le alborotaba la ropa.

—No sé si podré conseguir una niñera. ¿Qué tal si cenamos en mi casa?

—¡Por supuesto! ¿Cómo está Daniel?

El torrente de aire se detuvo de repente, haciendo que la segunda frase de Kaito retumbara en la pequeña habitación.

—Todos los días dice alguna palabra nueva —dijo Mel, sonriendo al pensar en su pequeño mientras la puerta interior se desbloqueaba—. Anoche...

El efluvio de un olor fétido la dejó sin palabras.

Un tufillo a descomposición se coló por el hueco que había entre la puerta interior a medio abrir y el marco. El vello de los brazos se le erizó bajo la bata de laboratorio como el pelaje de un animal que percibe algún peligro.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Kaito.

Cuanto más se abría la puerta, más penetrante se volvía el olor. Era un olor acre y mohoso que le humedeció los ojos y la obligó a respirar por la boca. Notó un sabor amargo en la lengua.

Incapaz de hacer nada más, se quedó inmóvil mientras la puerta se abría, impasible. Segundo a segundo, centímetro a centímetro, fue dejando a la vista hileras de hojas negras y marchitas apiladas unas sobre otras. Cada capa era un bosque de plantas en proceso de descomposición de las que emanaba el hedor de la muerte.

—Mel... —susurró Kaito—. ¿Qué ha pasado?

Mel, que temblaba sin entender nada, dio un paso adelante desde la antecámara para acercarse a las plantas. Antes del fin de semana, se había parado en el mismo sitio y había respirado la frescura de su follaje verde. Había sido una sensación vivificante. Tres días después, sentía como si se encontrara al borde de un campo de batalla donde un enemigo desconocido hubiera masacrado a unas víctimas inocentes.

Kaito tiró de la manga de su bata hasta cubrirse los dedos y la utilizó para taparse la nariz y la boca mientras salía para unirse a Mel.

—Mel, deberíamos volver adentro y entrar en descontaminación.

—Esto no tiene sentido. —Mel se acercó a la primera pila.

—¡No toques nada!

Haciendo caso omiso, Mel extendió el brazo para tocar la hoja más cercana y la frotó entre los dedos. Una sustancia aceitosa se deslizó por las membranas celulares rotas y le cubrió la piel de una película rancia.

Respirando de manera superficial para evitar que el aire viciado se le metiera en los pulmones, metió los dedos en la tierra que había debajo de la planta, y estos se hundieron en sus partículas frescas y húmedas.

—Mel, ¿qué estás haciendo?

Tenía que comprobar si las patatas habían sobrevivido.

Escarbó frenéticamente con los dedos, y empezó a esparcir la tierra por fuera, detrás de ella y por el suelo, hasta que sintió que había alcanzado suficiente profundidad. Juntó ambas manos para recoger tanto material como le fuera posible y levantó un montón de tierra que contenía un grupo de tubérculos bulbosos con forma de huevo.

Las patatas eran pequeñas, pero parecían haber salido indemnes. Dirigió a Kaito una mirada esperanzada antes de seleccionar una, de la mitad del tamaño de la palma de su mano, y dejar caer las otras. Le quitó la tierra y dejó al descubierto la impoluta piel del color marrón blanquecino de una patata fresca. Se permitió disfrutar de un momento de alivio mientras sentía el peso tranquilizador del tubérculo en la mano.

La apretó ligeramente para confirmar que, al menos, había logrado cultivar una cosecha firme y viable. Durante un momento alentador, aguantó la presión, pero un instante después la piel marrón cedió con la misma fragilidad que la cáscara de

un huevo. La patata se deshizo entre sus dedos y se convirtió en una papilla negra que envió una oleada de aire acre directamente a sus fosas nasales. Horrorizada, dejó caer la masa podrida en la bandeja y dio un paso atrás.

Kaito puso las manos sobre sus hombros, y sintió el cálido aliento de su amiga en la mejilla.

—No puedes hacer nada.

Mel resistió los suaves intentos de Kaito de alejarla de allí. Había pasado años perfeccionando la tecnología, y estaba segura de que era imposible que su prueba de campo hubiese fallado. Sin embargo, como científica, no podía ignorar las pruebas.

Finalmente, con restos de pulpa podrida aún en los dedos, se dejó llevar de vuelta a la antecámara. Kaito accionó los controles para sellarlas en el interior e iniciar el proceso de descontaminación, y Mel vio cómo el paisaje de su fracaso desaparecía, momento a momento y centímetro a centímetro, tras la puerta interna.